

Jacinto Chacón

Una carta sobre los hombres de 1842 (1)

Señor don Domingo Amunátegui.

Valparaíso, julio 18 de 1893.



ESTIMADO señor: me pide Ud. datos, por su favorecida del 15 de enero, sobre los primeros trabajos de don Francisco Solano Astaburuaga y sobre el movimiento literario iniciado en los primeros años del gobierno Bulnes, en el que estuvo afiliado el señor Astaburuaga. Con mucho gusto voy a tratar de despertar mis recuerdos sobre una época que contiene la primavera de mi vida y en la cual marchaba en compañía de una pléyade de amigos, todos los cuales han desaparecido ya dejando huella luminosa en nuestro horizonte.

Al tratar de ese movimiento literario, debo hacer previamente notar su causa eficiente.

(1) En el ensayo de don Domingo Amunátegui Solar: «Don Francisco Solano Astaburuaga», encontramos la siguiente interesante carta al autor sobre los hombres de 1842. de Jacinto Chacón.

La tenaz persecución emprendida por el partido conservador triunfante en la revolución de 1829, contra los sostenedores y parciales del gobierno liberal de entonces, persecución que llegó al paroxismo después del motín de Quillota y la trágica muerte del ministro Portales (1837), produjo dos trascendentales consecuencias. La primera fué el haberse creado en el seno mismo del nuevo gobierno una escisión, tendiente a hacer cesar toda persecución y establecer la paz y la concordia en la familia chilena. La segunda consecuencia fué la de crear en las generaciones nuevas un espíritu de protesta y animadversión, a la vez, contra los perseguidores y contra los reaccionarios. De este espíritu surgió el movimiento literario cuyos recuerdos evoco.

En efecto, cuatro años antes que se instalase la famosa Sociedad Literaria que inició ese movimiento, ya en 1838 y 1839 nos reuníamos varios amigos de 18 a 20 años en la chacra de mi padre, tajamar arriba, hoy ocupada por un Asilo de Huérfanos, y fundábamos un periódico político-literario, que se repartía manuscrito en la ciudad. Uno de los colaboradores más ardientes de esta hoja política era don Francisco Solano Astaburuaga, joven entonces de 19 a 20 años de edad. Este periódico se editaba manuscrito, porque en él se atacaban con vigor la arbitrariedad y las persecuciones implacables del gobierno.

Mientras tanto, la escisión operada en el seno de este gobierno había tenido completo éxito. Los anti-

guos philopolitas, que habían iniciado esta reacción, eran los hombres más ilustrados y prestigiosos de la administración Prieto, y se habían unido en miras políticas con don Manuel Montt, sucesor de Portales; y, de común acuerdo, habían elegido como candidato a la presidencia de 1841 al general Bulnes, vencedor del Perú en 1839. A fin de contrarrestar la candidatura de don Joaquín Tocornal, jefe de los ultra-conservadores, ellos se aliaron con los gloriosos restos del partido liberal caído, entre los cuales existían jefes de la independencia tan notables como Las Heras, Lastra, Zenteno, Calderón, Viel, Gana, etc. Para sellar la reconciliación de un modo solemne entre los dos partidos se celebró, como un pacto de familia entre ellos, el matrimonio de la señorita Enriqueta Pinto, hija del último Presidente del gobierno liberal caído, el general don Francisco Antonio Pinto, con el candidato a la presidencia, general don Manuel Bulnes.

Derrotado en las urnas el candidato de los ultra-conservadores, y elegido de Presidente de la República el general don Manuel Bulnes, una nueva era de libertad lució para el país. Como natural efecto de esta atmósfera política, la juventud que abrigaba en el alma francos anhelos de libertad se reunió, para el cultivo de las letras, en una especie de academia llamada «Sociedad Literaria», presidida por el adelantado joven don José Victorino Lastarria, que había sido llamado, como tantos otros probados liberales, a servir el empleo de oficial mayor en el ministerio del

interior, en el nuevo gobierno. Parece que la juventud más distinguida de la capital se hubiese dado cita a ese centro de estudio. Moralidad, desinterés, rectitud y pasión por las letras, las ciencias y las artes, distinguían a esa juventud.

Pronto el empeño por adquirir conocimientos útiles y el espíritu liberal que la animaba, la pusieron en actitud de establecer un periódico literario. Todos los días domingos, los más adelantados jóvenes de esa sociedad, y con ellos don José Victorino Lastarria, iban a solazarse en la chácara del tajamar arriba. En uno de esos domingos se echaron las bases del nuevo periódico, bautizándolo con el nombre de «El Crepúsculo», que expresaba la idea de una aurora opaca literaria naciente. En «El Crepúsculo» colaboraron no solamente los miembros de la «Sociedad Literaria» sino hombres tan eminentes como don Andrés Bello. Aquí advertiremos que el señor Bello, amigo estusiasta de la juventud estudiosa, reunía en su casa a los miembros más distinguidos de la «Sociedad Literaria», y allí pasaban las noches en familia, discuriendo sobre los últimos adelantos de la ciencia, o improvisando charadas, que aguzaban el ingenio y hacían amena la sociedad, o leyendo, en fin, poesías de Byron, Lamartine y Víctor Hugo, poetas en boga en esa época.

A medida que crecía en años y en conocimientos, esa juventud afianzaba su credo liberal y fijaba el sistema más apropiado para desarrollarlo. Según ella, no era tanto la reforma política como la reforma social lo

que Chile y la América española necesitaban. Siendo estos países pedazos de la sociabilidad del tiempo de Carlos V y Felipe II, transportados a estas regiones, el espíritu místico de la Edad Media estaba latente en ellos. Era, pues, preciso cambiar ese espíritu por medio de la ilustración y por la inmigración de razas más adelantadas; era preciso, en una palabra, substituir, en estos países, a la sociabilidad española del siglo XVI la sociabilidad y a n k e e del siglo XIX. Estas ideas, que eran el tema constante de las discusiones entre los miembros más avanzados de la «Sociedad Literaria», fueron un día netamente formuladas con todo vigor y colorido por un alma ingenua, franca y convencida, en un artículo titulado, *Sociabilidad chilena*, publicado en «El Crepúsculo». Este artículo, que conmovió profundamente todas las conciencias y todas las autoridades, eclesiásticas, jurídicas y universitarias, no atacaba los dogmas de la Iglesia Católica. Si conmovía así a la sociedad era porque manifestaba con ruda franqueza «que el clero ejercía un dominio absoluto sobre las familias y que esta influencia de todos los instantes atrofiaba a la sociedad impidiendo su desarrollo y su progreso». De estos antecedentes deducía que era necesario poner límites a ese dominio, cambiando el espíritu de la sociabilidad chilena.

Francisco Bilbao, que, al formular estas ideas en su artículo «Sociabilidad chilena», no había hecho más que expresar y dar formas a las ideas mismas de los miembros avanzados de la «Sociedad Literaria»,

fué sostenido resueltamente por éstos en su formidable conflicto ante el jurado de imprenta, donde el fiscal de gobierno lo hizo comparecer acusado del delito de blasfemia. El pasado y el porvenir está allí en lucha abierta. El escenario se hallaba compartido entre el Jurado, representante del pasado, que funcionaba dentro de la sala judicial, y el pueblo y la juventud, representantes del porvenir, que aguardaban afuera para aclamar al reformador y para salvarlo.

Como se esperaba, el Jury condenó a Francisco Bilbao a cierto tiempo de prisión, conmutable en mil pesos de multa. Era de ver el entusiasmo del pueblo y de la juventud, fuera del recinto, esforzándose por librar a Bilbao. En pocos momentos se reunió la suma y se rescató al condenado, llevándolo el pueblo en brazos hasta su morada.

Más tarde, por resolución de la Corte Suprema se quemó en la plaza pública por la mano del verdugo el artículo que contenía la blasfemia; y, por último, la Universidad arrojó de sus claustros al blasfemo, obligándolo a Bilbao a expatriarse a Europa para buscar la luz que le negaba su patria.

Mientras tanto, los miembros de la «Sociedad Literaria» cerraron «El Crepúsculo», pero continuaron, con más cautela, la propaganda de las ideas del blasfemo, con el fin de estrechar en sus justos límites el dominio que ejercía el clero en la sociedad. Pues bien, la simiente de las ideas ha fructificado con creces. En

menos de medio siglo, esa obra de limitación necesaria al progreso del país ha dado pasos gigantescos, gracias a la acción del tiempo y a los prestigiosos auxiliares salidos del seno de las nuevas generaciones. Su padre mismo, el justo Miguel Luis, contribuyó eficazmente a esta obra, con sus elocuentes discursos en el Congreso de 1884, limitando esa influencia absoluta del clero y evitando su intervención exclusiva en el matrimonio y en todos los actos de la vida civil.

He aquí el carácter social del movimiento iniciado por la «Sociedad Literaria», de la cual nuestro malogrado amigo Astaburuaga fué uno de los fundadores. La acción de esa Sociedad en las letras fué no menos fecunda e innovadora.

Preparados, para la alta concepción del ideal, en el trato íntimo con el señor don Andrés Bello, hombre de vasta ciencia y espíritu universal, y aleccionados también por la influencia saludable que ejercían en la juventud las tendencias científicas de los literatos argentinos Alberdi, Barros Pasos, Juan Carlos Gómez, Mitre, Tejedor, Juan María Gutiérrez, Peña, Sarmiento, López, etc., los miembros de la «Sociedad Literaria» huyeron del sistema, entonces en boga, de la mera filología, de que tenían tan seductores modelos en los señores Olañeta, García del Río y Antonio José de Irisarri, y se dedicaron a impulsar de todos modos el estudio de las ciencias sociales y de las ciencias exactas. La acción de la «Sociedad Literaria» en este sentido no fué estéril; pues, aceptada esta

tendencia por los hombres de gobierno, se les vió crear cursos nuevos en el sentido de las ciencias sociales. En consecuencia, se dieron a concurso las clases de historia de la Edad Media, de historia Moderna, de economía política, de derecho internacional, etc. En el sentido de las ciencias exactas, vimos por la primera vez, levantarse los torreones para la observación sideral, y establecer, primero en el Cerro Santa Lucia, y después en la Quinta Normal, una doble estación astronómica y metereológica dotada convenientemente. Vimos también, y en el mismo sentido, echarse las bases del gran Museo, que guarda las pruebas de la muy larga edad de la tierra y de la muy corta edad de la humanidad, pruebas escritas, con caracteres plásticos, en los objetos geológicos y antropológicos del Museo Nacional.

Aquí me detengo, contentándome con haber señalado, a grandes rasgos, los caracteres culminantes de ese movimiento, el primero en su género, y el más fecundo en sus consecuencias. Por lo demás, en cuanto a sus hechos y detalles, ellos están consignados de mano maestra en un libro interesante, escrito con amor por el inspirador y jefe de ese movimiento, el señor don José Victorino Lastarria.

En cuanto al señor don Francisco S. Astaburuaga, puedo asegurar a Ud., en resumen, que, habiendo sido uno de los fundadores más entusiastas de la «Sociedad Literaria», colaboró con gran inteligencia, en prosa y verso, en todas las revistas que, en diferentes

épocas y bajo distintos nombres, fundara esa Sociedad, y cooperó eficazmente a los nobles propósitos e ideales de ese movimiento.

Esperando que la presente satisfaga el objeto que Ud. tiene en vista, me ofrezco de Ud. atento y seguro servidor y amigo.